Los que Pudieron Reinar



Héctor J. Castro

A mi amigo Pierre, un caballero de la mano en el pecho.

Son las gestas heroicas y caballerescas las que enriquecen las epopeyas literarias de los pueblos y civilizaciones.

Xavier Dusmet de Arizcun

Los que llevados de la insaciable ambición, con tanta temeridad y osadía se arrojan por esos mares, volteando el mundo como si en sus manos llevasen las riendas de la fortuna, para no hacer de ella más de lo que sus voluntades quisieren.

Antonio San Román

A riberas del Mekong, Camboya.

Han pasado muchos días desde que Blas Ruiz empezó a sentir muy cercano el garrazo de la muerte. Tantos días que no los cuenta ya. Al principio, aquella sensación le había invadido con repentino espanto; mas ahora se ha acostumbrado, y apenas se le acelera el pulso cuando piensa en la horrible experiencia vivida en las últimas semanas, en los desastres, en las penalidades, en las heridas, en la desgarradora quimera en la que se han tornado sus afanes.

Porque Blas Ruiz de Hernán González, nacido en el reino de Castilla, descendiente de cristianos viejos que pelearon con sus mesnadas en las Navas de Tolosa, tampoco es hombre que se dé por vencido fácilmente. Ya desde chico, durante su infancia en los duros campos extremeños, y más aún después, como soldado en Flandes o aventurero sin fortuna en las Indias Occidentales, demostró tener madera de guerrero y aprendió a convertir los desengaños, padecimientos y zozobras en rico tesoro de experiencias, sin aceptar mansamente los embates del destino, sino alzándose en armas contra él. Tiene fe en su vivo ideal. Esa fe lo sostiene contra toda debilidad, lo alienta contra todo desaliento, lo ampara en medio del desamparo de su existencia. Mientras tenga latido en el pecho y una mano para empuñar su espada, Blas Ruiz no se rendirá. Sea como sea, seguirá luchando.

Sentado en un rincón de la choza de caña, grave y taciturno, pone los ojos entornados en el rectángulo de selva que se diseña

más allá de la puerta. De vez en cuando oye murmullos en voz nipona o lusitana, o el restallido de algún juramento castellano. Blas Ruiz sabe, aunque no puede verlos, quiénes son; también sabe que la fatiga, el aislamiento, el hambre que les negrea las tripas, los tienen abatidos. A los hombres les inquieta tanta espera. Él mismo se nota desganado, con el cuerpo dolorido y la cabeza embotada por el calor agobiante, que provoca una densa transpiración. Blas Ruiz se muerde el labio y percibe el sabor agrio de la vigilia. Escupe al suelo de tierra y observa cómo el escupitajo imita, entre sus pies, un movimiento de oruga. Luego acomoda la espada en su regazo, y el rosario que lleva enroscado a la guarnición tintinea en el metal con sus cuentas. Gotas de sudor asoman bajo la gorra descolorida, resbalando por su frente surcada de fiera cicatriz. Acá, junto al río, la humedad convierte el aire en algo apretado, pesado, casi masticable. Escucha un bostezo y un resoplido a su derecha. Blas Ruiz se vuelve hacia su amigo Diego Belloso, quien, ya despierto, se incorpora en el camastro entre fardos y piezas de armadura.

—¿Qué hora es? —pregunta éste con voz pastosa, entrecerrando los ojos heridos por la luz.

—Yo qué sé. Cerca de mediodía. Todavía puedes dormir un poco más.

—Mal rayo me parta si puedo dormir más de dos horas con este calor.

—Es la humedad.

—¡Tanto da! …Si uno se va de aquí al infierno, seguro que vuelve a por una manta.

Diego Belloso se frota los párpados enrojecidos por la fiebre y se pone en pie trabajosamente, estirando la pierna que todavía le duele un poco pese a que la herida está cicatrizando bien. Va hasta

la puerta y echa un vistazo al exterior: la maraña sofocante de selva que los rodea en tonos ocres y verdes; sobre los árboles, un cielo de nubes bajas e inmóviles; los corrillos de soldados y demás gente aventurera que conversan a la sombra de las tiendas hechas con lona de velas; los parapetos de troncos y tierra; el maltrecho barco varado en la ribera del río, como un enorme crustáceo secándose al sol. El aire tibio huele a tierra, a plantas y a resina. Diego Belloso respira hondo y vuelve al interior denso de la cabaña, que en cambio huele a cuero, a metal y a sudor.

—¿Queda vino? —pregunta.

Blas Ruiz niega con la cabeza. Belloso hace un gesto de resignación.

—El vino malo llena antes la barriga —dice—. Tengo más hambre que un caracol en un espejo.

—Como tenemos todos —responde Blas Ruiz—. Forzoso es aguantar un poco más. Los soldados que he enviado al pueblo no tardarán en regresar. Pronto habrá comida.

—Santa palabra.

Diego Belloso se acerca a un cántaro y, levantándolo a dos manos, bebe a borbotones. Luego llena un balde y se lava la cara, los sobacos y las manos; se humedece el pelo bermejo y trata de domarlo un poco, echándoselo hacia atrás.

—Antes, cuando dormía —comienza a decir mientras se pone la camisa, cuya tela se pega a su piel transpirada—, soñaba con aquel banquete en el palacio de Albuquerque. El día de Corpus. ¿Recuerdas? —y se pasa la lengua por los labios como si saboreara el pensamiento—. ¿Recuerdas cuánta hartura? Aquellas bandejas colmadas de perdices gordas, de huevos con torreznos y tinto de Guadalcanal. ¡Madre de Deus! Y míranos ahora…

—La vida.

—Nuestra vida, amigo Blas. Nuestra perra vida.

Blas Ruiz guarda silencio. Zumban las moscas. Diego Belloso termina de vestirse y busca su reflejo en el bruñido metal de una rodela. Al verse, júzgase enclenque y ridículo. Todo pómulos y nariz afilada, su faz denota el dolor de ver sus aspiraciones caer truncas, una a una. ¡Qué amarga pesadumbre! ¡Qué flojedad la de sentirse vaciar las venas hasta no ser más que un odre abandonado! ¿Ésta es, acaso, la apariencia de un conquistador? ¿Qué ha sido de su apostura? ¿Qué ha sido de su hidalgo atuendo? ¿Dónde está la gorra de terciopelo con bizarras plumas, la lisura de las telas de Holanda, las plateadas y suntuosas espuelas, o aquella gentil capa ribeteada de oro que rivalizaba con la de cualquier príncipe? Ya sólo quedan ropas ruines y gastadas, bisuntas con la mugre de las armas, para cubrir las exiguas carnes, los huesos y el nervio de los hombres más intrépidos del orbe.

—Estamos tan flacos que damos lástima a las mismas pulgas.

—Tú les darás lástima, pardiez, porque a mí la pasada noche…

Unas voces que rasgan el aire interrumpen la plática. Ambos se tensan y se miran con actitud expectante. Parece que hay problemas.

—Vayamos a ver qué ocurre —dice Blas Ruiz, que se levanta y sale por la puerta con rapidez.

Diego Belloso toma su talabarte y va tras su amigo. La gente está alborotada. Pronto aparece, por el estrecho sendero que se interna en la selva, un soldado con el rostro demudado y la espada desnuda, muy alterado, voceando que los chinos les han maltratado y ofendido.

—Más despacio, Quiroga —le dice Blas Ruiz tratando de

apaciguarlo—, que así no hay quien se entere de nada. Hable vuesa merced como un cristiano.

El soldado, recobrado el aliento, comienza a explicar:

—Nosotros fuimos a la aldea, como dio licencia voacé, señor capitán, a comprar provisiones. Pero los chinos estaban tan insolentes que pretendían vendérnoslas no ya al doble, sino a tres veces su valor. Y se reían y hacían escarnio de nosotros. Nos dieron un cubo lleno de leche, del que bebimos todos, sólo para descubrir que el fondo estaba lleno de mierda. Mi hermano, sin poderlo sufrir más, discutió con ellos y terminó llegando a las manos.

Blas Ruiz compone un gesto de disgusto.

—¿No os había yo ordenado muy apretadamente —dice— que nadie riñera con los chinos, que estamos solos y sin nadie que nos pueda socorrer, a ochenta leguas del mar y con el rey por contrario a sólo ocho leguas de acá?

Replica el otro:

—Compréndalo, señor capitán. Esos chinos andan buscando ocasión para romper con nosotros, viendo que somos tan pocos y ellos muchos. Y en suma se saben protegidos por el rey. Al principio soportamos con paciencia sus ultrajes y menosprecios por no desobedecer las órdenes de voacé; pero hay ciertas cosas que no puede tolerar un hombre que ciñe espada y sabe usarla.

—¿Dónde están vuestro hermano y los otros dos?

—Cautivos de los chinos. Sólo yo pude regresar.

Estas palabras provocan un chisporroteo de voces y juramentos entre la soldadesca.

—Debemos ir a liberar a nuestros camaradas, señor capitán —interviene el alférez Juan Maldonado—. Si no respondemos a tal afrenta, les daremos pie a que mañana nos degüellen a todos.

Y se alza la voz ronca y más alterada de Pantaleón Carnero:

—¿Qué es esto? ¡Por la sangre de Cristo! ¿Es que ahora nos dejamos pisotear por cualquiera? ¿Dónde está la reputación de España?

Otros lo secundan:

—¡El sargento lleva razón! ¡No queda sino pelear!

Blas Ruiz se pasa la mano por la frente sudorosa. Él es duro, fuerte, resuelto. No tiene miedo al peligro. Y aunque detesta la crueldad si no está bien justificada, en este caso, sabe que sus hombres tienen razón. Hay que dar un escarmiento. Desde que se asentaron en la ribera a esperar la llegada del general Gallinato, y comenzaron a tratar con los chinos establecidos en el pueblo para comprar provisiones, éstos miraron con malos ojos la presencia de los españoles, temerosos, sin duda, de perder la ventaja del dominio y el comercio, y se insolentaron más y más. Esta situación no se puede prolongar por más tiempo. Y si el rey usurpador se ofende, mejor será sucumbir combatiendo contra miles de enemigos que morir de hambre o ser cazado como un conejo en esta región perdida de la mano de Dios.

Blas Ruiz se acerca a Diego Belloso.

—Me llevaré cuarenta españoles y a los mercenarios japones. Tú quédate de guardia con el resto y protege el navío. Si nuestro Santo Patrón me ampara, estaré de vuelta antes de la noche.

—Que lo paguen esos chinos de Satanás.

Blas Ruiz respira hondo y expulsa el aire con largo suspiro.

—Ya no hay otro remedio… —y alzando la voz—: ¡Señores soldados de España, a las armas!

Comienza el trajín. Los soldados van y vienen; se revisten de coletos, escaupiles, corazas y cascos; requieren alabardas, espadas y